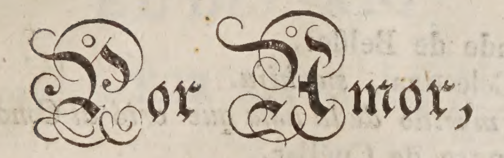


EL DELIRIO



ó SEA,

LA CELESTINA.

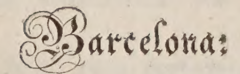
PIEZA DE DOS ACTOS EN PROSA

ARREGLADA

PARA EL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. Manuel Andres Igual.



En la Imprenta de José Rubió.

Junio de 1832.

ACTORES.

El Conde de Belflor.
Doña Celestina, *su hija.*
Jorge, *marido de la ama que crió al Conde.*
D. Leandro de Cuéllar.
Blas.
Paco.
Catalina.
Rita.
Elena, *niña aldeana.*
Juanito, *niño aldeano.*
Labradores y labradoras de varias edades.
Un pastor, *que no habla.*
Jardineros, Criados y Cazadores.

La escena pasa en la quinta del Conde de Belflor.

EL DELIRIO

POR AMOR.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardin con verjas de hierro, que lo separan del camino real, el cual se verá á la otra parte de ellas, como que atraviesa la escena y se dirige á una colina que estará en el fondo. Junto á las verjas habrá unos asientos de piedra.

ESCENA PRIMERA.

Beatriz, Jorge, Blas, Paco y otros cuatro labradores de diferentes edades.

Bea. Y bien amigos, ¿Puedo contar con que el cariño que ustedes han manifestado á la pobre Doña Celestina no padecerá detrimento?

Jor. Cuente Vd. con nosotros en un todo. ¿Quién puede dejar de enternecerse, al contemplar la triste situacion de la Señorita? ¿Y quién quiere Vd. que se can-

se de profesarla un entrañable cariño, si mas parece ángel en forma humana que otra cosa?

Bea. Ahora está descansando al pie de aquellos árboles: (*señalando á dentro*) y desde aquí podemos observarla, sin turbar su reposo.

Jor. Si, si: ya la veo. ¡Con qué tranquilidad y sosiego está durmiendo!... ¡Pobrecita!... ¡Vaya! Vaya! (*recio.*)

Bea. Por Dios, no levante Vd. tanto la voz, no sea que la despertemos.

Pac. Si, si: no interrumpamos ese momento de quietud, que Dios la concede.

Bea. Es así: no metamos ruído.

Jor. Tienen Vds. razon: Estémonos quietos. ¡Vaya! ¡Vaya! (*alegre.*)

Bea. Ese aire que tiene Vd. siempre tan alegre, ese mirar tan risueño, y ese rostro en que están continuamente pintados el regocijo y el contento, no acierto á comprender como pueden avenirse con los trabajos.

Jor. Y muy bien que se avienen. ¡Toma! ¡Pues estaríamos frescos, si no fuese así!

Bea ¿Es posible que un corazon que está padeciendo?....

Jor. Yo no sé lo que es posible, ni lo que deja de serlo. Cada cual está hecho como le formó Dios. A mi buena madre se le olvidaria tal vez el enseñarme á

llorar. No puede ser otra cosa.

Bea. Sin embargo, es una música la del llanto, que el que nació para desgraciado no tarda en aprenderla.

Jor. Pues yo nunca la he aprendido, y ayudando Dios, no pienso saberla jamas, y á fé mia que mis buenos trabajillos he pasado y paso; pero ¿qué?.... Nada. ¿Qué es eso de llorar? ¿Somos acáso niños, para estar continuamente haciendo pucheros? ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Pues no faltaba mas! Sea cual fuere el trago que me haya tocado engullir, en todos he sido D. Antonio siempre el mismo. (*en alta voz.*)

Pac. Hombre, no tan recio.

Jor. Hablaré tan bajo como Vds. quieran.

Blas. Pero díganos Vd., buena muger: ¿Hay esperanzas de que la Señorita cure?

Bea. ¡Esperanzas! ¡Ah! Ya no nos queda ninguna. Se han puesto absolutamente en obra todos los medios; pero siempre en vano.

Jor. ¡Siempre en vano!

Blas. ¡Qué desdicha!

Pac. ¡Pobre Señorita!

Jor. ¡Mire Vd. que desgracia para ella, para su Sr. padre y para la aldea toda!

Blas. Señora Beatriz, no olvide Vd. que mas de diez y mas de doce veces nos dió Vd. palabra de contarnos la causa

de tan gran trastorno.

Bea. ¡Ah! Si: es verdad. Pronto quedarán Vds. satisfechos.

Jor. Si, si: oigamos.

Bea. Voy á ello.

Jor. Yo, como esposo de la muger que crió al Sr. Conde, pude saber algo, y he referido buenamente cuanto habia oido; pero se desean conocer los pormenores y circunstancias de este acontecimiento estraordinario.

Bea. Acercarse pues, y tener atencion. (*Todos la rodean con la mayor atencion y silencio.*)

El orígen ilustre y riquezas del padre de la Sra. Dª Celestinita son cosas inútiles de mencionar, porque nadie las ignora. D. Leandro era un jóven caballero, que se crió siempre junto con ella y era seguramente una cosa dificil el que la viese y no la amase. Ella por otra parte fué siempre una criatura muy sensible; y como en D. Leandro veia un modelo de virtud y delicadeza, la Señorita no pudo menos de corresponder á sus caricias. Ya se vé: la edad y las inclinaciones corrian parejas. El Sr. Conde se complacia en contemplar lo bien que prendia aquella llama amorosa; y dió esperanzas á D. Leandro de que le haria dueño cuanto ántes de la mano de

su hija, pasando tan adelante la cosa que llegó á fijarse dia para la celebracion de este matrimonio; pero en este intermedio se presenta un rival poderoso, un sugeto de la primer gerarquía, y el Sr. Conde cae en la debilidad de faltar á su promesa y empeños. La pobre Dª. Celestina llora, gime, y D. Leandro se desespera; pero como el Sr. Conde habia dado ya el sí al nuevo pretendiente, el pobre D. Leandro se vió arrojado de aquí y tratado sin el menor miramiento. Yo quise interceder por él; pero se me impuso cruelmente silencio, y no me quedó mas recurso que el de unir mis lágrimas á las de la pobre Señorita.

Jor. ¡Con que es cierto, que el Conde!... ¡Vaya! Nunca le habria creido capaz de semejante accion!... Siempre le habia tenido por un padre escelente, y un buen amigo.....

Blas. ¡Qué poco entiendes tu esas teclas! Los ricachos piensan siempre del modo que mas utilidad y cuenta les trae.

Pac. Oh! No estamos ciertamente en aquellos tiempos en que la palabra era una cosa sagrada.

Jor. Dejemos eso. No nos metamos en censurar la conducta agena. Dios está por todas partes: él es quien nos ha de juzgar. Prosiga Vd., Sra. Beatriz: no

la interrumpamos.

Bea. El caballerito, Dª Leandro intentaba aloménos despedirse de su querida....

Jor. ¡Pobre Señor!

Bea. Y yo no tuve corazon para negarle tan poca cosa.

Jor. ¡Bueno! ¡Bueno!

Bea. Díle pues una cita en el parque, y conduje allá á la Señorita. Oíamos ya la voz de D. Leandro; pero al mismo tiempo percibímos tambien la de su rival: crece el ruido: conocemos que se disputan, y oímos el choque de las espadas. D. Leandro da un grito, cae, y vemos correr su sangre por el suelo: Dª Celestina queda sin sentido: yo corro á la quinta á pedir asistencia, acuden los criados y se la llevan medio muerta, pero.... ¡ay Dios mio! ¡Pobre Señorita! Apénas vuelve á abrir los ojos, cuando el primer objeto que se le presenta á la vista, es su inflexible padre, teniendo de la mano al asesino de D. Leandro, y mandando á Dª Celestina que le reciba por esposo. Ella enmudece, llena de terror y sobresalto, sin poder resistir al furioso conflicto de su corazon: va á hablar, y su congoja le corta la palabra: quiere llorar, y las lágrimas se resisten á acompañarla en tanto sentimiento y pesadumbre: pier-

de el color, muda el semblante, queda sin sentido, y una calentura devoradora y un espantoso delirio se apoderan de ella: la presencia de su padre y la del aborrecido rival de D. Leandro no hacen mas que aumentar los funestos síntomas de su dolencia: y aunque es verdad que se emplearon los mas poderosos medios para devolverla la salud; apénas fueron suficientes mas que para arrancarla de las puertas de la muerte: pero no los hubo para que recobrase la razon; con lo que fué imposible hablar mas de boda. Ahora el padre arrepentido y desesperado, no puede resistir á la vista de un objeto tan doloroso: huye siempre á la ciudad, y deja á mi cuidado el precioso depósito de su hija, de esa desventurada é interesante Señorita, que sin cesar está ofreciendo el triste espectáculo de una deplorable víctima de la severidad paternal y de la violencia de un ardiente cariño.

Jor. ¡Pobre criatura!

Blas. ¡Desgraciada señorita!

Pac. ¡Infeliz!

Jor. ¿Y en qué paró el Sr. D. Leandro?...

Bea. Supimos la noticia de su fallecimiento, cuando ya la Señorita habia enteramente perdido la memoria del fatal lance del desafío. La idea de D. Leandro, tier-

no enamorado, esta idea tan preciosa á su corazon, es la única que no se ha borrado nunca de su mente; ántes bien es la que se le presenta á todos instantes. Ella le cree siempre ocupado en algun viage, y á punto de volver. ¿Ven Vds. aquel asiento, que está casi frente al camino real? Pues allí es donde va todos los dias á aguardarle: el frio, el sol, la intemperie de las estaciones, nada, nada absolutamente puede distraerla de ir á sentarse allí, llevando siempre algun ramito de flores, que ha cogido de antemano, para regalar á su D. Leandro; y al ver que se pasa la hora, suspira, se enjuga las lágrimas, y se retira con la vana lisonja de que le verá al dia siguiente.

Blas. Pero su padre.....

Bea. Oprimido por el pesar y los remordimientos, me escribió nada ménos que ayer, que se le hacía insoportable una ausencia que le privaba de ver á su querida hija. Hoy mismo va á volver; pero no podrémos ofrecerle mas consuelo que el de unir nuestro llanto al suyo.

Jor. ¡Pobre Dª Celestina!

Blas. ¡Una señorita tan buena!

Pac. ¡Tan generosa!

Jor. Eso si, y tal vez demasiado, de modo que yo era de parecer.... pero el

amo acaba de llegar: retirémonos, que se apea del coche.

Bea. Si, si: retírense Vds. Querrá sin duda hablarme á solas.

Jor. Vamos, vamos. Adios, señora Beatriz. Cuide Vd. siempre con todo cariño de la Señorita.

(*Vase con Blas, Paco y demas labradores.*)

Bea. Eso corre de mi cuenta. ¡La quiero tan entrañablemente! ¡Qué buenos son esos labradores! Pero el amo se acerca. ¡Qué afligido está! (*alargando la vista.*)

ESCENA II.

Dicha y el Conde.

Con. Querida Beatriz, vengo aquí, agobiado de pesadumbre y sobresaltos. Vamos á ver que noticias me da Vd. de mi hija!

Bea. Ah! Señor Conde! Las mismas que siempre.

Con. ¡Válgame Dios! ¿Y en dónde está ahora?

Bea. En ese bosquecito.

Con. ¡Si me habrá visto!

Bea. No hay cuidado: está durmiendo; pero voy á que despierte. (*Vase.*)

ESCENA III.

El Conde solo.

Con. ¡Hija amable y desgraciada!... ¡Que no puedas conocer á lo ménos una parte de mis crueles congojas, hijas del justo remordimiento que me agita! ¡Oh ceguedad mia! ¡Fatal momento de rigor! Tú me cuestas nada ménos que el sosiego de todos los dias de mi vida. Celestina, mi amada Celestina iba á ser feliz con el virtuoso Leandro: y yo participaba ya de su próxima felicidad..... cuando ¡ay! el interes, la vanidad y el orgullo lo destruyeron todo en un instante. ¡Y quién fué el bárbaro ministro de su desgracia! ¡Yo, yo.... su amigo, su padre! ¡Oh memoria funesta que me desesperas y envileces!...

ESCENA IV.

Dicho, Jorge, Paco y otros dos labradores.

Jor. Señor Conde, perdone usía, si nos atrevemos.....

Con. ¡Ola! ¡Jorge! ¿Qué hay?

Jor. Nada, Señor: esa buena gente, que son los mas ancianos de la aldea, y yo,

venimos.... pero no quisiéramos incomodarle.

Con. Muy al contrario, mayormente si vienen Vds. á ofrecerme ocasiones de serles útil.

Jor. Señor Conde, gracias á las bondades de usía, y á las de la Sra. Dª Celestina, no carecemos de nada: porque debe saber usía que la Señorita no conoce á nadie, escepto á los pobres; y ha perdido la memoria de todo, ménos del hábito de hacernos continuamente mercedes.

Con. ¡Conque todavía es sensible al placer de la beneficencia! ¡Cuánto me alegrais! Esta es la primera vez que disfruto uno, despues de tanto tiempo de padecimientos.

Jor. Ella nos regala siempre, Sr. Conde. Beatriz la suministra dinero, y nos manda que no la disgustemos, negándonos á aceptar lo que se complace en darnos; y sin embargo, tenemos escrúpulo en recibirlo.

Con. ¡En recibirlo!.... ¡Ah! No lo tengan Vds.; pues me privarian del único medio que nos queda de hacerla disfrutar algunos momentos de felicidad. Acéptenlo, acéptenlo siempre todo, y pues el cielo oye con benignidad los ruegos de los pobres, imploren su gracia en

favor de mi hija, y en favor mio. Ruéguenle que escuche nuestras preces; y quedarémos mas que suficientemente recompensados.

Jor. En cuanto á eso, puede usía estar seguro que no cesamos de hacerlo. No hay en la aldea niño, por poca edad que tenga, ni viejo, por decrépito que esté, que no ruegue noche y dia á Dios, para que se digne poner fin al mal de la Señorita. Usía verá con el tiempo que al cabo y á la postre nos saldrémos con la nuestra. Jorge lo dice, y Jorge no se equivoca.

Con. ¡Cuánto les agradezco, buena gente, tan cordial afecto! Pero entre tanto que Beatriz está con mi hija, Vds. que la ven todos los dias, infórmenme de su salud; pues se me ha escrito que en cuanto á esto, se hallaba perfectamente restablecida.

Jor. Es verdad, Sr. Conde, es verdad. Escepto ahí, todo va bien. (*Señalando la cabeza*)

Con. ¿Y como pasa el tiempo? ¿Se paseará mucho?

Blas. Todo el dia.

Con. ¿Sola?

Pac. Casi siempre.

Con. ¿Con paso melancólico y miradas fúnebres? ¿No es asi?

Jor. ¡Toma! Yo lo creo. A veces da unas que mueven á compasion á quien la contemple; pero si luego encuentra à un pobre, ó á algun viejo, en fin á cualquiera de nosotros, su fisonomía se pone alegre, y manifiesta mucho contento y regocijo.

Con. ¡De veras! ¿Eh? ¡Ah! No la abandonen Vds. nunca. ¿Y habla á veces de su padre?

Jor. ¡Ay! (*Suspirando.*)

Con. ¿Qué significa ese suspiro?

Jor. Cierto dia que uno de nosotros le nombró á usía en su presencia.... adios. Al instante prorrumpió en un amargo llanto, suspiró, se cubrió de una palidez mortal, y no habló mas.

Con. ¡Vàlgame Dios! No me nombren Vds. nunca delante de ella.

Blas. (¡Cuánto le compadezcó!)

Con. Cuán severamente me castiga el cielo!

Jor. Algun dia se aplacará.

Con. Mi hija no me quiere ya. Ya no me ama.

Jor. Vendrá dia en que le ame.

Con. No me atrevo á concebir tan lisongeras esperanzas. Si á lo ménos pudiese soportar mi compañía!

Jor. Le soportará, le amará á usía, y curará; si Señor, curarà: tenga usía confianza, que todo irá perfectamente.

Con. Ah! No me queda ya mas recurso que el llanto y las pesadumbres.

Jor. Pues bien: si no podemos consolar á usía, tomarémos parte en sus penas. ¡Bueno! ¡Bueno!

ESCENA V.

Dichos y Beatriz que sale apresurada.

Bea. La Señorita va viniendo con la cabeza bajá, los ojos fijos, y su ramito de flores en la mano. Querrá sin duda quedar sola. Conque, no la incomodemos.

Con. A todo me someto de buena gana; pero déme Vd. palabra, de que la veré, la oiré.....

Bea. Escóndese usía detras de esos árboles, y podrá verla con toda comodidad. Ella se sienta allá, suele muchas veces recitar versos que ella misma arregla á su antojo, y que luego olvida: otras veces se coloca entre las aldeanas y los aldeanos, les agasaja, les acaricia; y cuando ve que la corresponden, manifiesta mucha complacencia y regocijo, y bailan todos entónces.

Jor. Figúrese usía si lo harémos de buena gana.

Con. Ahora viene: acompañenme Vds. No puedo resistir al deseo de estrecharle en-

tre mis brazos. (*Todos se retiran*)

ESCENA VI.

Doña Celestina, con el pelo suelto, vestida de blanco, y con un ramito de flores en la mano. Andará con pasos desiguales, se para, suspira, va á sentarse en el sitial de piedra que está junto á las verjas, y calla por algun rato.

Cel. Esta es la hora en que debe venir. (*con languidez*) Hoy llegará: hoy... esta tarde... Asi me lo tiene prometido. ¿Y en donde podria estar mejor (*con confianza*) que junto á quien quiere tanto, y de quien es tan tiernamente correspondido? Estas flores son (*marcado*) cabalmente para él... ¡Ah!... tambien es para él mi corazon. (*con sentimiento*) ¿Porqué no viene? ¡Qué largos (*con tristeza*) son para mi los dias! ¡Qué tristeza respira todo este recinto!.... Pero yo, ¿existo, ó no existo? (*con confusion*) ¡Ah que no viviré hasta que le tenga conmigo.... ¡No viene (*con impaciencia*) todavía! Tal vez hay quien se lo impide.... ¿Y quien puede ser?... (*con interes*) ¡Ellos! ¡Crueles! No estoy bien, ni aquí, ni en otro parage. (*con desasosiego*) Pero ¡Si Leandro viniese! ¡Oh! Entónces en todas partes

me hallaria bien. ¡Válgame Dios! ¡Qué abatida me siento! (*con abatimiento*) Leandro! Lean.... (*llorando con ansia.*)

ESCENA VII.

Dicha y Beatriz que va saliendo poco á poco.

Bea. ¡Señorita! (*interrumpiéndola de intento*)
Cel. ¡Ah! Eres tú, querida!... Mira: no me acuerdo del otro nombre tuyo. (*En ademan de recorrer la imaginacion, poniendo los dedos en los labios y soltándolos.*)
Bea. Beatriz.
Cel. El primero me gusta mas. (*con disgusto*) *Querida*, si, si: *Querida.* (*Alegre por haberse acordado de la palabra* querida.)
Bea. Y á mí tambien.
Cel. ¿Sabes, *querida* que todavía no parece? (*Marcando la palabra* querida, *y angustiada por no ver á Leandro, que buscará por la escena, y fuera de ella.*)
Bea. Algun fuerte obstáculo sin duda....
Cel. ¡Ah! Si: Mira, si yo supiese donde podria encontrarle.... ¿Piensas que esté muy léjos?
Bea. Oh! Cielo! (*suspira.*)
Cel. ¿Porqué suspiras?
Bea. Lo siento por Vd. (*confusa*) Señorita, ahí están sus buenas amigas.
Cel. ¡Oh! ¡Bueno, bueno! Haz que vengan

y tráeme algo para regalarlas.

Bea. Voy corriendo. (*Va al fondo.*) Vengan Vds., vengan Vds.

ESCENA VIII.

Doña, Celestina, Rita, Elena, Juanito, y otros aldeanos y aldeanas de corta edad, luego Beatriz que vuelve con una cesta, en la que habrá pan, frutas, dos pañuelos de seda de color y otros dos blancos.

Cel. Buenos dias, queridas, buenos dias. Agradezco el buen cuidado que tienen de mí. No me abandonen Vds. nunca: no se cansen de estar conmigo; el tener compasion de los desgraciados es una cosa que el cielo se complace en premiar.... Aquí estoy ya, como los otros dias. Siempre vengo á aguardarle, y nunca viene.... Díganme Vds. si se han acordado de rogar á Dios para que haga que vuelva cuanto ántes?

Cat. Si señora, si señora. (*junto con los demas.*)

Cel. Apostaria cualquier cosa que no se han acordado Vds. mas de su nombre.

Ele. D. Leandro de Cuéllar. (*con viveza.*)

Jua. Su enamorado.... (*á media voz y con sentimiento.*)

Cel. ¡Mi enamorado! Si: si: Bien di-

cho! (*con alegría*) toma, toma. (*Le ofrece un anillo.*)

Jua. ¡Eso para mí!

Cel. Si no tengo otra cosa.

Jua. ¿Y que haré yo de ello? (*tomándolo.*)

Cel. ¡Ay! No puedo dártelo, querido, no puedo. Tú no sabes quien me lo regaló. ¿Qué diria si á su regreso no lo encontrase en mi poder? Toma; querido toma, y vosotras tambien. (*reparte los regalos que trajo Beatriz.*) Pronto estará aquí: pronto volverá. ¡Que cositas le dirémos cuando haya llegado. Yo siempre estoy pensando muchas, y luego se me olvidan.... Pero qué le hace? Tengo algunas que nunca se me olvidarán.... ¡Ah! que si tarda mucho en volver, no tendré que decirle ninguna, porque me hallará ya difunta.

Bea. ¡Difunta! ¿qué anda Vd. diciendo?

Cat. No, no: Vd. vivirá y será nuestro consuelo.

Todos. Si, si, nuestro consuelo.

Cel. Si: viviré para Vds., para Beatriz y para Leandro. ¿Porqué lloran Vds.? (*mira á las verjas.*) No hay que llorar queridas: no hay que llorar, sino regocijarse conmigo. ¡Oh qué contento! Me ha parecido que le veia.

Rit. ¿Quiere Vd. que ensayemos hoy aquella contradanza y bailecito, que Vd. nos

encargó que dispusiéramos para cuando....

Cel. ¡Ah! Si: les encargué á Vds. dos bailetes: el uno para celebrar la llegada de mi querido D. Leandro, y el otro para el dia de nuestra boda.... Si nunca viene, ¿cómo ha de verificarse?....

Jor. Vendrá, Señorita, vendrà: el corazon me lo dice, y pocas veces me engaña.

Cel. Conqué Vd. cree que vendrá? ¿Qué yo podré presentarle el ramito de flores que todos los dias hago para él? ¡Ah! ¡Cómo le contaré lo que he padecido durante su ausencia!

Rit. Esta se acabarà algun dia. Entretanto alegrémonos.

Cel. Si, si: alegrémonos. Bailen el primero.

Ele. Vamos pues á principiar. Chicos, sacad castañuelas y panderetas.

Bea. Ahí dentro están: que siempre lo tengo prevenido para cuando llegue el deseado dia.

Cel. Si, querida: el deseado dia.

(*Los labradores sacan de dentro castañuelas y panderetas y se forma un baile. Se verá al Conde al paño contemplándolo abatido. Escena muda de Doña Celestina alegrándose con el baile.*)

Con. No puedo resistir al deseo de hablar á mi hija. (*Celestina le ve y le observa con atencion.*)

ESCENA IX.

Dichos, el Conde, Jorge, y luego un pastor.

Con. Acerquémonos. (*á Jorge.*) Ella me está observando, y parece que mira sin temor.
Jor. Seguramente no le ha conocido. (*al Con.*)
Con. ¡Ah! (*suspira y se adelanta.*)
Cel. ¡Quien! (*Mira un rato fijamente al Conde: poco á poco empieza á manifestar desasosiego, y luego se oculta detras de Beatriz.*) Vámonos querida.
Bea. ¿Porqué, Señorita?
Cel. Porque veo ahí una especie de hombre.... Vamos, vamos.
Bea. Si Vd. le deja plantado, le causará pesadumbre.
Cel. ¡Pesadumbre! ¿se te figura así? Quedémonos pues, que yo no quiero apesadumbrar á nadie. ¿Pero quién puede ser?
Bea. Un viagero. (*confusa.*)
Cel. ¡Un viagero! (*pensativa.*)
Bea. Ha venido á pedir albergue y hospitalidad.
Cel. Ha hecho muy bien. ¿Y tú le diste las gracias?
Bea. ¡Oh! Eso, si señora.
Cel. Muy bien!... pero yo... no me atrevo á hablarle. Su aspecto me turba.... Hablale tú. (*el Conde afligido se aleja.*)

¡Ah!... ¡Se va! ¡Acáso me tendrá miedo! Buen hombre, buen hombre, acérquese Vd. y no tenga temor alguno de una pobre niña. Soy Celestina: todos la conocen y todos la compadecen. Quédese Vd., quédese Vd. con nosotros.

Con. Me quedaré, si mi presencia no es importuna.

Cel. ¡Ay! Ha hablado, y... no se porque he sentido un gran golpe en mi corazon.

Con. (¡Siempre la misma antipatía!) (*con dolor.*)

Cel. Ya no siento nada... Perdone Vd... Al verle por la primera vez... un cierto temor... Es preciso disimulármelo, mayormente en el estado en que me encuentro... Si Vd. supiese la causa de mis penas, estoy cierta que no podria ménos de moverse á compasion.

Con. Nadie las siente esas penas tanto como yo.

Cel. ¿Suspira Vd.? ¿Tiene acáso tambien sus pesadumbres?

Con. ¡Y que son muy grandes!

Cel. Pues bien, lloraremos juntos. Y diga V. ¿qué es lo que ha venido á hacer por acá? ¿Aguardaria acáso á alguna persona?

Bea. (El diálogo se aviva; retirémonos ahí detras.) (*Pasa al fondo del jardin acompañada de labradores de ambos secsos.*)

Cel. ¿Porqué no me responde Vd.? ¿Aguar-

da Vd. á alguna persona?

Con. ¡Vengo á buscar á mi hija! (*con afecto.*)

Cel. ¡Vd. tiene una hija! ¿Y seguramente la amará Vd.? ¿No es verdad? ¿Se complace Vd. en hacerla dichosa?

Con. Esto es todo lo que deseo.

Cel. ¡Ah! Quiera el cielo consolar y proteger á tan buen padre! Si: si: hágala Vd. feliz: no la aflija Vd.: no la aflija Vd. nunca; y sobre todo, si estubiese enamorada de algun sujeto, guárdese Vd. muy mucho de oponerse á la eleccion que hiciere. ¡Si supiese Vd. cuantos males suele causar esto! (*con el mas profundo dolor.*)

Con. ¡Harto lo sé!

Cel. No, no: es imposible que Vd. lo sepa como yo. (*con fuerza.*)

Con. (¡Qué suplicio!)

Cel. Mire Vd.: yo era dichosa, ántes que mi Leandro se fuese de aquí; y ahora, ahora no hago mas que llorar, afligirme y afligir á todos los que me rodean. Me veo abandonada á personas estrañas, sin parientes, ni apoyos.

Con. ¿No tiene Vd. padre?

Cel. ¡Padre!... ¡Yo! (*conmovida y pensativa.*) No; no: jamás lo tuve... ¡Ah! Si hubiese yo tenido padre, me habria ampaparado, me habria unido con Leandro; y la pobre Celestina no pasaria ahora aquí sola sus tristes dias, aguardando á su ama-

do, y cansando la piedad de todos.

Con. ¡Ah! Celestina! Esto me despedaza el corazon. (*muy adolorido.*)

Cel. ¿Qué dije pues, que sea capaz de ocasionarle tanto sentimiento? No, no: buen forastero: no me ponga Vd. esa cara, ni esos ojos tan... ¡Jesus! Deje Vd. ese aire tan triste y melancólico. Esté Vd. alegre. El llanto y el dolor quedan únicamente reservadas para Celestina. Para mí para mí, y nada mas. (*Baja la cabeza y queda sumergida en profundos pensamientos.*)

Con. ¡Querida! ¡Ah!... (*con arrebato de ternura.*) (¡Porqué no puedo llamarla hija! ¡Dios mio! No me atrevo á pronunciar tan dulce nombre.)

(*Celestina se aleja triste y pensativa, y va á sentarse junto á las verjas.*)

Bea. Váyanse Vds. (*á los labradores y aldeanos, que salen por la puerta del jardin, y se dirigen á la colina. Beatriz se acerca al Conde.*) La pobre no le oye ya. (*al Conde.*)

Cel. ¡Siempre llanto!.... ¡Siempre!..... Me iré... ¡Oh! No, no. Porque mañana... El... aquí... (*se sonrie*) ¡Conque mañana! ¡Ah! (*suspira*) ¡Que mañana!..... (*cae en una fuerte melancolía.*

Bea. Véala usía, sumergida en un profundo enagenamiento, del cual á veces nos

cuesta muchísimo el poderla arrancar. Acabo de enviar á las muchachas, para que vayan á avisar á un partorcillo, que no aguarda mas que una seña, para tocar algunas tonadas, que suelen distraerla á veces de su negra melancolia, Usía, Sr. Conde, debe tambien aprovechar ese momento, para recobrarse de la turbacion de que se halla.

Con. ¡Puede haber en el mundo un padre mas desventurado! (*alejandose.*)

(*En esto empieza á oirse á dentro el sonido de un rabel ó de algun otro instrumento pastoril: luego se verá en la cima de la colina al pastorcillo junto con las aldeanas y aldeanos.*)

Cel. ¡Ay! ¡Querida, querida!... El pastorcillo está ya tocando el rabel.

Bea. Si Señora. Concluyeron los aldeanos su tarea, y se van reuniendo.

Cel. Oyes, Oyes?... (*con ansia pueril.*) ¡Cuánto me alegro de oirle!

(*El pastor va continuando, y Celestina le escucha con un placer inocente, llevando el compas con la mano.*)

Bea. Vámonos con él hasta la aldea, y nos volverémos despues con aquellos á quienes quiera V. hacer algun regalillo.

Cel. ¿Que todavía ha quedado algo para darles?

Bea. No faltará.

Cel. Vamos pues, vamos. (*Vuelve la vista ácia el asiento, y cae de nuevo en su primera tristeza.*) ¡Conque tendré que irme sin Leandro! ¡Sin haberle visto! ¡Sin haberle podido dar el ramo de flores que habia cogido para él! (*Deja el ramo en el asiento, con una espresion la mas viva.*) Adios flores, adios árboles, adios pajaritos, que todos, todos los dias sois testigos de mis penas...., Asiento, en el cual he derramado tantas y tantas lágrimas... ¡Adios! pronto volveré á veros. (*Sale del jardin se dirige á la colina, y va siguiendo el camino que habrán empezado á tomar el pastor y los aldeanos.*)

Con. Sígala Vd. (*acercase á Beatriz.*)

Bea. Descanse usía, que no la pierdo de vista. No conviene que yo manifieste tener mucho cuidado de su persona; porque esto la incomoda mucho; pero le voy siempre tan cerca, que no abre la boca que no me tenga inmediatamente à su lado.

Con. ¡Cuánto tengo que agradecerla!

Bea. Nada, Sr. Conde, nada. Ella se lo merece todo. ¡La quiero tanto! ¡Y me inspira tanta compasion!.... Pero voy á alcanzarla. (*Vase.*)

ESCENA X.

El Conde solo.

Con. Cada palabra que se le escapa relativamente á mí y á D. Leandro es un puñal agudo, que me traspasa el corazon. ¡Ay de mí! ¡Qué desgracia es la de entrambos! Aun cuando recobrase el uso de su razon, privada como está para siempre de su enamorado, podria variar el carácter de sus congojas; pero estas subsistirian siempre las mismas, y tal vez con mayor crueldad que nunca. ¡Que dirá ahora! ¡Ah! que no puedo separarme de su lado!... Aunque sea á lo léjos, quiero seguirla, quiero observarla, quiero contemplarla, y lleno de los mas crueles remordimientos, saciarme con el espectáculo acerbo de la triste víctima de mi bàrbaro rigor. ¡Padres! ¡Padres! Todo nos lo creemos permitido, y alguna vez abusamos inhumanamente de los sagrados derechos que nos conceden la naturaleza y el cielo. Entrad, entrad en mi corazòn, mirad las desgracias que he ocasionado, y estremeceos. Voy á verla. No puedo resistir á los deseos que me arrebatan. (*Vase tras ella.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

El Conde y Jorge que vuelven á la quinta por las verjas.

Jor. Animo; Sr. Conde, no hay que afligirse tanto: Dios mejorará las horas. Usía no debia haber salido de la quinta. Hartas ocasiones tendrá para ver á la pobre Señorita.

Con. Es verdad, no pude mas: el corazon se me partia al ver el abandono de sus potencias, la inconexion de sus discursos, y sobre todo la profunda melancolía que tan frecuentemente se apodera de su alma; ah! que ella será siempre la mas desgraciada de todas las hijas, y yo el mas infeliz de todos los padres.

Jor. ¡Qué diantres! ¡Y Dios nuestro Señor querrá permitir tanta desgracia! No lo creo. Usía pensó obrar bien, empeñandose en casarla con el otro caballero: usía no les dijo que se desafiaran, ni deseó nunca la muerte del pobre D. Leandro...

Con. Dios me libre. ¡Cuánto daria por haber podido impedir aquella sangrienta catástrofe, que fué causa de tantas otras.

Jor. Pues ya se vé. El cielo se apiadará de todos, y por un medio ú otro, devolverá el uso de la razon á la Señorita, y el sosiego y tranquilidad á esta casa.

Con. ¡Dios lo quiera, y se conmueva á vista de la sinceridad de mi arrepentimiento! ¡Que ruido!.... (*mirando.*)

Jor. Voy á verlo: sobre todo, buen ánimo, que en las grandes tempestades se necesita mas serenidad en los pilotos. El ruido parece que se aumenta: voy á ver que será eso.

ESCENA II.

El Conde solo.

Con. No: mi desgracia es sin límites, y no tengo escusa alguna. ¡Cuántas y cuántas veces me habia paseado yo por este jardin, en este mismo parage, deleitandome en los progresos que notaba en el cariño de D. Leandro y de mi hija! Porqué pues me dejé llevar de la ambicion! ¡De cuàntos males no has sido causa en este mundo! ¡Quien mas feliz que yo, si hubiese desechado las propuestas del otro pretendiente de mi hija! ¿Para qué necesitábamos sus riquezas, ni

sus títulos? ¿No tengo bastantes bienes para sostener el esplendor de mi progenie? ¡Qué ceguedad pues fué la mia! Ahora la dicha y el contento reinarian en mi casa, al paso que todo es llanto, tristeza y desolacion. ¡Pero qué es esto!... Qué nuevo ruido se percibe en ese otro lado! ¡Qué confusion es la que veo allá! Los labradores, los guardabosques, los criados se agrupan.... No entiendo!... Reparo un jóven que disputa con ellos.... ¡Que será! Pero Jorge viene apresurado.

ESCENA III.

Dichos y Jorge muy presuroso.

Jor. ¡Ay Sr. Conde! Sr. Conde! ¿No sabe usía lo que pasa?

Con. Esplíquese Vd., buen hombre, ¿Qué es lo que pasa?

Jor. ¡Que ha de ser! ¡Vaya! ¡Vaya! Ese si que es lance! ¡Que acontecimiento tan singular!

Con. ¡Qué tiene Vd. que viene tan turbado! ¿Qué ha sucedido?

Jor. ¡Y que poco puede usía figurarselo!

Con. Con estos misterios aumenta Vd. mi sobresalto.... ¿Acàso mi hija?...

Jor. Sepa usía pues que D. Leandro....

Con. Prosiga Vd.

Jor. No murió.

Con. ¡D. Leandro! ¡Qué dice Vd.!

Jor. Le estaba viendo ahora, y no acertaba á creer á mis propios ojos.

Con. ¡Como! ¿Vd. le vió?

Jor. ¡Toma! ¡Si está ahí!

Con. ¡Quien! ¡D. Leandro!

Jor. El mismo en persona.

Con. ¿Sueña Vd.?

Jor. ¡Qué sueño, ni que.... Vaya! Vaya! Digo que le he visto, que es él, que no me equivoco, y que estoy mas que seguro de lo que refiero.

Con. Pero hombre, ¿Porqué especie de prodigio se ha verficado eso? ¿Y cómo se halla en el parque?

Jor Se lo diré: apénas llegó á las inmediaciones de esta quinta, cuando lo primero que hizo fué dirigirse á los jardineros, procurando introducirse en ella. Decia que no deseaba mas que ver á Dª Celestina, y hablar con la Sra. Beatriz; pero ellos no conociéndole y recelándose algo de siniestro, se negaron à servirle. En vista de ello se ha despedido, y ha dado una vuelta. D. Leandro hizo como que se volvia, pero si.... à poco rato hételе que asoma encima de las tapias del corral y patatuf, las salta; y procura introducirse en los cuartos bajos, pero como nuestros hombres no le habian perdido de vista, al

instante se me le han echado encima; él queria defenderse; yo que primero no habia llegado á tiempo para verle, le conocí al instante: y previendo lo que podria resultar de la noticia de que vive y de que le tenemos aquí; les he dicho que no le dejasen escapar por ningun estilo, que era el querido de la Señorita; y sin que el peso de los años me detuviera he venido á todo correr á dar cuenta á usía de lo que pasa, bien persuadido del placer que semejante noticia debe ocasionarle.

Con. ¡Ay amigo mio! ¡Qué nueva me da V.! ¡Conque el Cielo se ha dignado conservarle, y nos le conduce á este recinto de dolor! Presto, presto, que se adelante: y sobre todo que nadie le diga que Celestina....

Jor. Si, que soy yo algun tonto. Lo primero que hice fué este encargo. Pero él viene.

Con. Que me dejen solo con él.

ESCENA IV.

Dichos, D. Leandro pálido, despeinado, sin sombrero, rodeado de los jardineros, labradores y criados.

Lea. ¿Adónde me llevan Vds.? ¿Ignoran que especie de enemigo es ese á quien me quieren entregar?

Jor. Pierda V. todo temor, Sr. D. Leandro.

El Sr. Conde es muy bondadoso.

Lean. No lo crean Vds.: es un hombre injusto, un cruel.

Con. ¡Ah! No: yo vengo....

Lea. A insultar mi dolor.

Con. No lo creas; á tomar parte en él, hijo mio.

Lea. ¡Yo hijo de Vd.!

Con. ¡Podrias desdeñar un nombre tan dulce! ¡Ah! Ven, ven á mis brazos, perdona á un padre lleno de pena y arrepentimiento. (*Le abraza.*)

Jor. ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Alegría general! Estan hechas ya las paces. Vamos amigos, vamos tambien á alegrarnos nosotros, y á celebrar tan dichoso acontecimiento. (*vanse*)

ESCENA V.

El Conde y D. Leandro.

Lea. ¡Es esto un sueño! ¡Un encanto! ¡Yo en los brazos de Vd.! (*Siguen abrazados.*)

Con. Si, hijo mio! te estrecho en mi seno con toda la espresion del ánimo, porque veo que el cielo ha dirigido tus pasos aquí; para suavizar las pesadumbres que me tienen traspasado el corazon. (*soltándose y llorando*)

Lea. ¡Cómo! ¡Conque Vd.!

Con. ¡Ay Leandro, que la desgraciada Celestina....

Lea. ¿Murió tal vez?....

Con. No, vive gracias á Dios.

Lea. ¡Vive! (*con alegría.*)

Con. Si,... pero... ¡ay de mí! Que no me atrevo á descubrirte...

Lea. Si ella vive, ¿qué desgracia puedo yo temer?... ¡Buen Dios! ¡Si habré perdido su corazon!

Con. No: siempre te lo ha conservado todo entero.

Lea. Luego no hay desgracia que pueda yo recelar.

Con. ¡Infeliz!

Lea. Si vive, si me quiere, y Vd. aprueba nuestro cariño, ¡qué puede haber que?...

Con. Tú lo verás.

Lea. Al instante, al instante: no deseo otra cosa.

Con. Témelo, témelo este momento desdichado. No quieras apresurarlo.

Lea. ¡Cómo! Qué enigma, qué misterio es este!

Con. Parece que despues de aquel fatal desafío, no oiste hablar mas de mi pobre hija!

Lea. Fuí llevado casi moribundo á la casa de un amigo; y persuadido de que Celestina fuese ya esposa de mi rival, me hallaba yo indiferente á cuanto se hacia para curarme; pero restablecido por fin á pesar mio, de mi herida, devorado por el amor y el sobresalto, y detestando la vida que

me habian conservado, procuré reanimar las fuerzas que me quedaban, engañé la vigilancia del sugeto que me tenia distante de esta quinta, y vine volando para ver á Celestina, decirla que la amo mas que nunca y morir á sus pies.

Con. La noticia de tu muerte se hizo general, y Celestina, que no está casada....

Lea. Lo sintió: ¿no es esto? ¡Cuánto me alegro!

Con. ¡Que dices, desventurado! Herida como un rayo á tan fatal é inesperada nueva.... su razon....

Lea. ¡Dios mio!.... ¡Celestina! ¿Acáso la perdió!

Con. Sí Leandro.... tú lo adivinaste.

Lea. He aquí, hombre cruel, el fatal resultado de una inflexible severidad.... ¡Y yo seré testigo!... Bárbaro Padre!....

Con. ¡Ah hijo mio! No aumentes mas mi congoja. Considera cuan grande es mi desdicha.

Lea. Perdone Vd.: disimule el esceso de mi desesperacion. Esta es horrible.

Con. Será siempre menor que la mia, porque yo soy reó, y tú estás inocente.

Lea. Luego Dª Celestina.... ¡Ah! no me atrevo á llevar mas adelante mis preguntas.

Con. Su razon ha desaparecido enteramente, de modo que no hay medio de que conozca á nadie.

Lea. ¿No conocerá á su Leandro?

Con. Mucho lo dudo; pero la oirás hablar siempre de ti.

Lea. ¡De mí! ¡Buen Dios! (*muy gozoso.*)

Con. Todos los dias viene á aguardarte en aquel asiento. (*señalándolo*)

Lea. ¡En este! (*corre á él.*)

Con. Sí, y sentada ahí te llama repetidas veces.

Lea. ¡Conqué todavía se acuerda de mi nombre! (*deja el asiento.*)

Con. Es el único que no ha olvidado: todos los dias hace un ramito de flores y lo deja allí.

Lea. Si; este es (*toma el ramo que hay al asiento.*) ¡Ella lo hizo para mí! ¿Y en dónde está ahora? (*vuelve*) Vamos, querido padre, vamos á encontrarla.

Con. Detente, y modera tu impaciencia. Primero importa que vea yo á Beatriz, y que la avise y consultémos el como. Despues volveré á contarte lo que se haya resuelto. Quédate aquí: yo te lo ruego, y casi me atrevo á mandártelo. (*vase por las verjas.*)

ESCENA VI.

D. Leandro solo.

Lea. ¡Qué mudanza de suerte tan repentina! ¡Pero tambien qué contratiempo, qué desgracia tan fatal! ¡Y podré tolerar su vista!...

¡Oh! cuántas memorias dulces y crueles á un mismo tiempo me recuerdan el aspecto de estos lugares tan deliciosos para mí! Pŏr aquí, por aquí se paseaba mi Celestina festiva y alegre conmigo, siendo dulce y lisongero objeto de consuelo para su padre, de ternura para su amante, y de contento para todas esas buenas gentes... y ahora!..... Ahora el interes y la ambicion la han convertido en causa de pena y mortal congoja para quien la adora, de compasion para quien la conoce, y de crueles remordimientos para su infeliz padre!

ESCENA VII.

Dicho y el Conde.

Con. Beatriz atónita y fuera de sí no sabe que aconsejarnos... teme... recela... confía... ¡Pero Celestina viene! Retirémonos.

Lea. Si, ya la veo. (*Se verá á Celestina que va bajando la colina; acompañándola la caterva de labradores.*) ¡Que desórden advierto en sus bellos ojos! ¡Ah padre....

Con. Retirémonos: poco á poco te irás acostumbrando á este triste espectáculo. Cuando te hayas recobrado de la turbacion que te ocasiona indispensablemente su desastre, podrás dejarte ver de ella: será bueno que aparentes venir por el camino real: en-

trarás por las verjas; y cuando estés junto à ella, la prudencia mas bien que el cariño te inspirarán lo que debes hacer, para ver si se puede lograr que recobre el uso de la razon, sin que corra riesgo su vida.

Lea. Si vamos, el cielo nos asistirá y dirigirá mi corazon y mis palabras.... Vamos, Sr. Conde. Yo no tengo valor para mirarla.

Con. Sí, retirémonos. Ven por acá, y luego darémos la vuelta.

Lea. ¡Buen Dios! compadécete de nosotros: vamos, vamos.

(Vanse por el bastidor mas inmediato, así que hayan empezado á presentarse los aldeanos que irán precediendo á Doña Celestina.)

ESCENA VIII.

Jorge, Blas, Paco, y otros aldeanos precediendo á D.ª Celestina que saldrá dando la mano á Elena, y á Juanito, siguiéndola Catalina Rita y finalmente Beatriz. Se conocerá por los movimientos mútuos de todos que nadie ignora la llegada de D. Leandro, pero que se lo ocultan á Celestina.

Jor. Que viva mil y mil años nuestra amable Señorita que tanto nos qniere, acaricia y regala. Vamos, chicos, ya que no podemos agradecérselo de otro modo, sea eso, manifestándole á viva voz las espresiones

de nuestro regocijo y reconocimiento.

Blas Viva la Señorita.

Todos Viva, viva.

Cel. El cuidadoso esmero con que me tratan Vds. y (*suelta á Juan y Elena.*) su entrañable cariño calman muchísimo el esceso de mi justa melancolía; pero qué dicen Vds. de reconocimiento? Amenme siempre: no me abandonen jamas, y habrán hecho por mi cuanto puedo yo apetecer, de modo que en medio de mis quebrantos la gratitud será toda mia.

Jor. Pues mire Vd. Señorita: yo no puedo quitarme de la idea el que V. cuanto ántes recibirá un gran contento y que no solo acabarán todas sus desazones, sino que pasará á disfrutar de la mas completa alegría.

Blas Tambien soy yo del mismo parecer.

Cat. Todos deseamos ardientemente lo propio.

Jor. El Sr. D. Leandro volverá.

Cel. ¡Oh que idea tan lisongera!

Blas. Si, Señora, volverá: volverá. Dentro de ocho dias.... Quién sabe? talvez mañana.

Rit. O tal vez hoy.

Jor. (Cuidado: no descubramos.) (*á las mug.*)

Cel. Ay ¡Buena gente! ¡Cómo lisongean Vds. mis esperanzas.

ESCENA IX.

Dichos y D. Leandro que se acerca á las verjas, acompañado del Conde: Beatriz estará aun en la colina.

Jor. Vd. verá si decimos verdad. (Ahí le tenemos: lo que importa es dejar que obre la naturaleza.) Vamos, chicos, que se hace tarde. Volvámonos á nuestras casas. Adios Señorita. Esté Vd. alegre; que el cielo se dignará consolarla en su afliccion, y llenarnos á todos de contento y alegría. Vamos, vamos.

Cel. Adios amigos adios. Hasta mañana.

(*Acompaña á los aldeanos y aldeanas hasta las verjas y estos se retiran. Entónces D. Leandro entreabre la puerta y se halla frente á frente con Dª. Celestina, quien al verle da un grito.*) ¡Ay! (*Se pone una mano en la cabeza y otra en el corazon, y luego las junta de un modo sumamente espresivo: habla á solas, y corre á encontrar á Beatriz.*)

Con. ¿A dónde irá ahora tan apresurada?

Lea. Parece que á mi vista ha esperimentado un cierto movimiento....

Con. Sí, pero no podemos lisongearnos todavía de nada.

(*Celestina coge á Beatriz por la mano, y con toda prisa la conduce delante de D. Lean.*)

Cel. Mira..... (*Con mucha agitacion.*)

Bea. ¿Qué quiere Vd. que vea? (*Dando á entender que no la comprende.*)

Cel. Mírale, te digo: (*con impaciencia*) le ves?

Bea. Si Señora: es el sugeto que Vd. estaba aguardando. (*con frialdad.*)

Cel. ¡De veras! ¡Es él! No me atrevia á creerlo. Pero ¿no me engañas? Mírale ¡que triste y melancólico!.... ¡Ah! Si fuese Leandro, ¡Podria estar afligido, al volver à ver á su Celestina! Si fuese efectivamente él padeceria yo aun? ¿Seria aun desventurada?

Lea. ¡Dios mio! ¡cuán trastornado estoy!

Cel. ¡Es su voz misma! ¿Oiste su voz, querida?.... ¡Ay de mí! La cabeza... un dolor... Se me pone una venda delante de los ojos! ¡Ah! por Dios, no me dejes en esta cruel incertidumbre.

Bea Si, si: es él: no lo dude Vd., es él.

Lea. Tu amante.

Con. Tu padre.

Cel. ¡Mi padre! (*asustada.*) ó Dios.... ¡Mi padre!.... ¡Vino tal vez aquí!... ¡Qué es lo que quiere de mí! ¡Cómo he de poder obedecerle!.... ¿Adónde iré?.... Libradme, libradme de su cólera.... ¡No me responden Vds.! ¡Ah! no son, no son, no son las mismas personas con quienes estaba yo hablando.... ¡Cuánto daño me han ocasionado! ¿Porqué motivo engañarme tan cruelmente?... D. Leandro no ha venido... No: no

no vendrá ya mas. ¡Qué lugar es este! (*con espanto*) ¡A dónde me han conducido!.... Déjenme Vds.: retírense Vds. váyanse de aquí. (*se retiran algo.*) ¡Y á dónde van! (*con disgusto.*) ¡Y Vd.!... ¡Ah! Sea (*á D. Leandro.*) quien fuere, tenga compasion de mí. ¡Válgame el cielo! (*Cae desmayada en los brazos de Beatriz.*)

Lea. ¡Ay que queda enteramente sin sentido!

Bea. Apénas respira.

Con. ¡Padre infeliz! (*se retira á un lado.*)

Lea. Celestina, Celestina. Mira á tu Leandro, á tu querido Leandro.

Cel. ¡Quién le nombra! (*Volviendo en sí; pero siempre en un tono de delirio.*) ¡Leandro!... Le conoces! Le viste acáso? Por Dios tranquilízame, cúrame. (*coge la mano á D. Leandro y se la pone encima de la frente.*) Fija por Dios mis ideas. Tu aspecto es muy dulce para mí: No te alejes. Tú das una seguridad á mi corazon! Me parece que ántes era una piedra, un hielo; y ahora siento un calor muy animado, un contento tan grande al mirarte... Aquel hombre, al contrario me tiene tan sobresaltada...

Con. ¡Ah! (*se retira con los aldeanos.*)

Cel. Tengo tantas cosas que decirte!....

Lea. ¡A mí! (*con regocijo.*)

Cel. Sí, á tí. Cuéntame, cuéntame lo que hace mi Leandro: dime lo que piensa, en donde se halla, donde le dejaste y por-

que no viene?

Lea. Pero. (*turbado.*)

Cel. ¿Andas pensando lo que has de responderme? ¿Acáso pretendes engañarme?

Lea. No soy capaz de una cosa semejante.

Cel. Así lo creo. Respóndeme pues.

Lea. ¿Y si se presentase delante de Vd.?

Cel. ¡Dále con el tratamiento de Vd., cuando yo te trato de tú! Haz lo propio conmigo. Dáme este gusto.

Lea. Pues bien. Si se te presentase delante....

Cel. ¡Bueno!

Lea. ¿Le conocerias?

Cel. ¡Toma! Yo lo creo: de lo contrario, seria preciso decir que la pobre Celestina habia enteramente perdido el uso de la razon.

Lea. (¡Desdichada!) A lo ménos si su fisonomía se te hubiese ido de la memoria, su corazon....

Cel. Si, si: eso si, su corazon. Como que no ha habido hombre en el mundo que haya tenido uno como el suyo. Pero dime: ¿Me quiere siempre?

Loa. Antes bien, dí que te adora mas que nunca.

Bea. (Bien.) (*Hace una seña de aprobacion, y se retira junto al Conde.*)

Cel. ¡Mas que nunca! ¡Ménos mal! Nadie hasta ahora habia sabido responderme á esta pregunta. Todos eran sordos y mudos. ¿Y tú sabes cuanto pasó entre los dos?

¿Nuestros amores, nuestros contentos, nuestras penas?

Lea. ¡Ah! Si: todo, todo está esculpido aquí dentro. (*señala el corazon.*)

Cel Ahí dentro! tienes razon, ahí es solo donde se siente... Pues bien: todo me lo contarás. Me dirás todo cuanto nos sucedió, porque una de las cosas que mas siento es haberme olvidado de todo.

Lea. ¿Conque, segun parece, le querias de veras?

Cel. ¡Miren Vds. lo que me pregunta, cuando no hay quien lo ignore!

Lea. ¡Cuánto lo celebro querida, Celestina!

Cel. ¡Querida Celestina! ¡Vaya! Me habla lo mismo que hacia él. (*alegre.*)

Lea. Te juro que en tanto que viva me produciré siempre así.

Cel. ¡Cuánto me deleita el oirte hablar de este modo!

Lea. El te decia muy amenudo: Celestina mia, yo te amo con todo mi corazon.

Cel. Y yo le contestaba en iguales términos; te amo, te amo.

Lea. ¿Y lo dices tambien hoy?

Cel. Tambien hoy.

Lea. ¡Ah! Dímelo á mí en lugar suyo.

Cel. De buena gana. Te amo, te quiero.

Lea. ¿Y á mi?

Cel. Tambien, tambien. Te quiero, te amo.

Lea. ¡Oh momento feliz! ¡Oh palabras

¡consoladoras!

Cel. Mira, ¿quieres prometerme una cosa?

Lea. Todo, todo te lo prometo desde ahora.

Cel. Dáme palabra de no dejarme nunca.

Lea. Siempre estaré en tu compañía.

Cel. ¿Siempre, siempre?

Lea. Siempre, siempre.

Cel. ¿Por la mañana y por la tarde?

Lea. Por la mañana y por la tarde.

Cel. ¿Y un dia y otro y otro: en una palabra siempre, siempre?

Lea. Siempre, siempre.

Cel. ¿Y si vieres que estoy triste?

Lea. Te consolaré.

Cel. ¡Cuánto bendigo al cielo por la buena suerte de esta union! Díme. ¿Y como he de llamarte?

Lea. Llámame tu amigo, y así nunca te equivocarás.

Cel. ¡Mi amigo!... ¡Ah!... Sí: te llamaré mi amigo. ¡Ola! (*viéndole el ramito*) ¿Quien te dió ese ramito?

Lea. Lo encontré en aquel asiento.

Cel. ¡En aquel asiento!... ¿No sabes que lo habia cogido para dárselo á él?

Lea. ¿Quieres pues que te lo restituya? (*Se lo ofrece.*)

Cel. No me atrevo á tomarlo. Y luego viéndolo en poder tuyo me parece que estoy disfrutando el mismo placer que cuando lo hacia para él.... Pero tú olvidas que

me diste palabra de decirme..., ¡Ah!... No omitas nada, nada absolutamente; ni aun la mas leve circunstancia.

Lea. Pierde cuidado.

Cel. Vamos pues, empieza.

Lea. (¡Cruel y deliciosa situacion!)

Cel. Habla.

Lea. Desde el primer momento que Leandro te vió, te quiso ya con todo su corazon.

Cel. ¡Desde el primer momento!... (*alegre.*)

Lea. Pero estuvo mucho tiempo, sin tener valor para decírtelo.

Cel. ¡Y sin embargo causa tanto gusto el escucharlo!

Lea. Pero sus ojos te lo daban à entender.

Cel. ¿Y los mios?

Lea. Hablaban tambien... Entónces Leandro se determinó á declarar toda su ternura.

Cel. ¡Toda su ternura!... Si, si: ya me acuerdo. ¡Ah! ¡Qué placer!

Lea. Desde aquel dia te lo estaba diciendo á cada instante.

Cel. ¡A cada instante!.... Si, si: á cada instante. Ya lo tengo presente.

Lea. Te hablaba de la lisongera esperanza que mantenia en su corazon de llegar á ser esposo tuyo.

Cel. ¡Mi esposo!.... ¡Oh dulce nombre!

Lea. Venia muy á menudo á pasearse contigo y con Beatriz por este jardin, y se ponia á descansar en aquel asiento. (*lo señala.*)

Cel. Por esto me es tan apreciable: por esto lo visito todos los dias.

Lea. Ponia la mano derecha sobre el corazon. (*lo hace.*)

Cel. ¡Su mano sobre el corazon, es cierto lo mismo que haces tú ahora.

Lea. Te miraba tiernamente. (*con espresion.*)

Cel. ¡Oh! que bien que lo sabes imitar! (*En este momento Beatriz se va acercando á Celestina, el Conde se adelanta tambien algo, y lo mismo hacen los aldeanos y aldeanas, aunque se quedan algo atras.*)

Lea. Entonces tú te mostrabas muy alegre.

Cel. Lo mismo que ahora.

Lea. Le escuchabas sin enfadarte.

Cel. ¿Quién habia de enfadarse con él?

Lea. Cierto dia....

Cel. ¡Ah! ¡Querida! (*Viendo á Beatriz.*) Todo lo sabe, todo, todo, todo.

Lea. Cierto dia tu padre....

Cel. Calla... no me acuerdo de eso. (*triste.*)

Lea. Tu padre aprobaba el amor de D. Leand.

Cel. ¡Ah! Sí sí. (*con viveza.*)

Lea. Le dió permiso para que te ofreciese un anillo, en prenda de su fé.

Cel. Míralo: es este. Nunca lo he soltado. (*vivo.*)

Lea. Beatriz estaba entónces conmigo.

Cel. ¡Beatriz!.... ¡Esa! (*acordándose poco á poco*) ¡Querida Beatriz! ven acá. Acerquese Vd. (*al Conde viéndole detras.*)

Ya no tengo miedo (*el Conde se acerca.*) Tú... aquí. (*á D. Leandro.*) Vd. allá (*al Conde.*) Ella ahí. (*á Beatriz.*)

(*Los habrá ido colocando en la posicion que se acuerda que estaban, cuando se supone que D. Leandro le dió el anillo.*)

¡Ah!... (*dando un fuerte suspiro.*) Me parece ahora que no tengo ya nada que desear.

(*Seguirá una escena muda espresiva entre el Conde D. Leandro y Beatriz. Los aldeanos y aldeanas se van adelantando lentamente y rodeando á Doña Celestina.*)

Lea. (¡Benigno cielo!)

Con. (¡Oh momento verdaderamente feliz para un pobre padre!)

Cel. Prosigue, prosigue, amigo mio.

Lea. Tu alma se manifestaba tranquila; y Leandro concebia con justa razon una lisongera esperanza... Aquel instante debia decidir de su suerte... Animado con la promesa de Beatriz y con una mirada favorable de tu padre... ¡Ay querida Celestina... Entónces te dí por primera vez el sagrado nombre de esposa.

Cel. ¡Ay! (*Atónita y sin poder espresar sus sentimientos internos, mira á Beatriz, abraza á D. Leandro y deja caer la cabeza en los hombros de este.*)

Lea. Yo entónces te estreché entre mis brazos, y no escuchando mas que mi ardiente cariño, besé tu hermosa mano con

mis abrasados labios.

Cel. ¡Dios mio!... ¡Dios mio!...¡Qué recuerdos!... No me es dable espresar lo que en este instante està sintiendo mi corazon. (*se cubre el rostro con las manos*) ¡Qué sueño ha sido el mio! ¡Cómo despierto ahora! ¡Qué tranquilidad, qué dulce sosiego estoy esperimentando!... ¡Ah Padre! (*con afecto.*) ¡Vd. está aquí!

Jor. Si Señora: su Señor padre, el mismo. No lo dude Vd. Y ese caballerito es el mismo D. Leandro, que ha vuelto ya... Alegrémonos todos de tanta dicha: alegrémonos.

Blas. Si, si: alegrémonos.

Todos. Alegrémonos. (*todos los rodean.*)

Cel. El escesivo contento... el temor... la incestidumbre... ¡Ah padre mio!... Perdóneme Vd. yo muero á sus plantas. (*Se arrodilla.*)

Con. Levántate, querida hija: levánta del suelo. (*levantandola.*) Sosiégate, tranquilizate: todo ha mudado ya.

Lea. Sí, sí, todo ménos el corazon de tu Leandro.

Cel. ¡Leandro me quiere!... ¡Leandro vive todavía!

Con. Sí: y mi Celestina va á ser completamente dichosa.

Lea. ¡Dichosa!

Con. Justo y poderoso cielo! Oye propicio mis voces. (*se arrodilla.*) Sé testigo y fiador de mi irrevocable promesa.

Lea. ¡Protege mis votos! (*se arrodilla.*)

Todos. Y los nuestros. (*se arrodillan.*)

Cel. Consuela á la desventurada Celestina, y haznos felices á todos. (*se arrodillan.*)

Todos, Si, si: á Celestina y á todos. (*todos levantan las manos al cielo.*)

Con. Confiemos en su generosa bondad. ¡Querida hija! (*se levanta y abraza á su hija.*)

Bea. ¡Querida Señorita!

Cel. ¡Padre! ¡Leandro! ¡amigos!

Jor. ¿Ven Vds., como se han realizado todos mis pronósticos?

Con. Si, buen Jorge. (*contento y satisfaccion general.*)

Cel. ¡Este es Jorge! ¡ Esta Beatriz! (*Los aldeanos y aldenas se le van acercando y ella los acaricia.*) Si, á todos los conozco. Sus semblantes alegres y enternecidos manifiestan claramente cuanto se han interesado siempre por mí... Pero ; y si esa cruel enfermedad......

Con. No querrá Dios que vuelva á acometerte, ni que esa actual serenidad tuya sea solo momentánea. Era ocasionado tu mal por la pérdida de tu querido D. Leandro; y esta desgracia no puede sucederte ya en cuanto viva, pues hoy mismo será tu espóso.

Cel. ¡Ah querido padre!... ¡Leandro mio!

Con. ¡Conque me conoces enteramente!

Cel. Si, querido padre,

Lea. Ya por fin eres mia, adorada Celestina.

Cel. ¡Qué placer! ¡Qué dulce cuanto inesplicable regocijo! Rodeada de tan adorables objetos... si: conozco que no me queda ya mas que desear, sino el que no sea interrumpida tanta dicha.

Jor. ¡Conque hoy tenemos boda, Sr. Conde!

Con. Sí, buena gente.

Jor. Pues con su permiso, chicos, á sacar asientos, y castañetas, y á egecutar el segundo bailecillo que teniamos tiempo hace preparado para cuando llegase tan deseado dia, que siempre dige habia de llegar.

Con. Vamos á ello.

Lo hacen, se baila, y los que no entran se sientan. Conclúyese y se tira el telon.

FIN DEL DRAMA.

